

# A 25 años de *El imperio perdido*

Guillermo Vega Zaragoza

En 1991 apareció la primera edición de un deslumbrante ensayo: *El imperio perdido*, de José María Pérez Gay, quien cumplirá tres años de fallecido el próximo 26 de mayo. En aquel entonces nos preguntábamos: ¿qué impulso pudo llevar a un mexicano a escribir un libro sobre cinco autores austriacos de principios del siglo XX, de los cuales —al momento de aparecer el ensayo— buena parte de sus obras ni siquiera habían sido traducidas al español y las pocas que sí habían corrido con esa suerte, incluso ahora, son casi inconsegüibles? Y se nos sigue ocurriendo la misma respuesta: lo obligó una amorosa vocación por la literatura y la cultura universales. Únicamente así se explica la “pasión crítica” —definición paciana— de Pérez Gay para contarnos los últimos años de la historia del imperio austro-húngaro —según sus propias palabras— “a través de cuatro escritores (que en realidad son cinco) indispensables para aclarar los anhelos, las inquietudes, los alcances y perspectivas de la cultura vienesa”.

Sólo la entrañable convicción de que “la literatura es la zona más acogedora de la existencia” hizo que un posgraduado en sociología quisiera compartir con unos cuantos elegidos (los dos mil lectores de aquella primera edición del libro, que a la larga se convertiría en uno de los éxitos de Cal y Arena, al sumar diez ediciones) las emociones experimentadas al explorar la vida y la obra de Hermann Broch, Robert Musil, Karl Kraus, Joseph Roth y Elias Canetti. Pero también sólo alguien que ha conocido de cerca los rescoldos de la cultura vienesa y los lugares donde los protagonistas del libro vivieron, gozaron, padecieron y crearon, pudo transmitir su fascinación mediante el tejido cuidadoso de

todos los recursos a su alcance, en un ensayo donde todo tuvo cabida y todo era posible. *El imperio perdido* fue la primera muestra de lo que José Woldenberg ha dado por llamar “el método Pérez Gay”: “una fórmula singular de adentrarse en las vidas y obras de diferentes autores, recreando sus respectivos contextos, sus biografías, sus relaciones, sus sueños y delirios; se trata de una fórmula marcada por varios amores: a los libros, a la memoria, a la cultura, a la historia, a la deliberación pública e incluso privada; de tal suerte que los materiales pueden ser reciclados, los testimonios recolocados, los ensayos y novelas vueltos a leer, pero en una atmósfera concebida, creada, por José María Pérez Gay”.

Escritor, académico, diplomático, editor, periodista, funcionario y político, José María Pérez Gay fue considerado uno de los grandes germanistas de México. Su vida estuvo ligada a Alemania, desde que en 1964 obtuvo una beca en la Universidad Libre de Berlín y se acercó a la obra de los grandes escritores y pensadores de esa nación. Comenzó a tomar apuntes sobre la sociedad germana y los cambios sociales que vislumbraba en una Alemania dividida, entonces el epicentro simbólico de la Guerra Fría por el muro y los soldados que resguardaban la parte oriental de la occidental. Ya para entonces su “idea fija y secreta” al escribir un libro de ensayos sobre cuatro escritores austriacos era “unir la tensión finísima y poderosa de la novela, el amor a la biografía y el rigor de la historia social y literaria; si lograba salir adelante de esta encrucijada rara y dichosa escribiría una suerte de mosaico biográfico durante el crepúsculo del Imperio”.

Narración, biografía, crítica cultural, historia social y política: en la impresio-

nante fábrica de ideas que fue Viena se resumió la implacable primera derrota de la modernidad, la caída de un remedo de nación fundado en la unidad imaginaria en busca de un monarca, aunque lo mismo pudo haber sido en busca de una ideología (como después sucedió con el comunismo) o de un demente (como pasó con Hitler).

*El imperio perdido* nos abrió a muchos de esos primeros lectores el vasto mundo de la Viena de principios del siglo XX, donde podían encontrarse similitudes universales acerca de la condición humana en cualquier pueblo, con sus luchas de poder, sus oscuridades y luminiscencias. Así, asistimos a la cita que Pérez Gay nos preparó con la vida del imperio, en los cafés donde —más que reunirse para confabular revoluciones mentales o sociales— escritores, periodistas y políticos buscaban en la reflexión y la bohemia el asidero para sobrevivir a sus naufragios personales, como reflejo de la caída inevitable de la dinastía de los Habsburgo, de la tragedia de la Primera Guerra Mundial y el terror del ascenso nazi.

Pérez Gay nos ofreció el relato de la desaparición del más grande imperio de Europa central; desde su capital, Viena, se gobernaba a cincuenta millones de habitantes, más de diez etnias y quince lenguas reconocidas oficialmente, sin contar el yiddish: alemanes, húngaros, polacos, judíos, checos, croatas, serbios, italianos, eslovenos, búlgaros, rumanos y rutenos. Los Habsburgo, con 400 años de hegemonía, fincaban su poder en el dominio de ocho millones de alemanes, dieciséis de eslavos, seis de italianos, dos millones de judíos y doscientos mil gitanos.

Como epicentro de este caldero cultural, Viena se convirtió en una de las mayores capitales artísticas del mundo. En

ninguna otra ciudad hubiera sido posible encontrar, salvo en la Italia del *Quattrocento*, tal cúmulo de genio, de talentos, de estilo radical y temperamento creador y destructor al mismo tiempo, en el reducido ámbito de unos cuantos kilómetros cuadrados. En unos cuantos concurridos cafés, restaurantes, calles, parques y plazas coincidían y polemizaban los fundadores de la filosofía del siglo xx, de la música dodecafónica, del psicoanálisis, de la lingüística, de la economía monetarista (madre del neoliberalismo que tiene hoy al mundo al borde del colapso). Sin duda, en esa ciudad-colmena, entre 1900 y 1938, Sigmund Freud pudo haberse topado en la calle con Ludwig Wittgenstein; Franz Kafka de seguro se codeó con Gustav Mahler; Theodor Herzl, fundador del sionismo, pudo haber compartido asiento en el tranvía con Ernst Mach, uno de los inspiradores de la teoría de la relatividad de Albert Einstein. Todos ellos convivían en ese momento estelar de la cultura con músicos como Brahms y Bruckner, Schönberg, Berg y Webern; pintores como Klimt, Schiele y Kokoschka, y hasta economistas como Eugen von Böhm-Bawerk y Ludwig von Mises.

Entramos en contacto con autores y obras fundamentales a través de la escritura ágil y gozosa de Pérez Gay: conocimos la desdichada pasión literaria de Hermann Broch, en un país donde todo se toleraba menos la inteligencia disidente; la angustiosa errancia de Robert Musil por “la necesidad de convertir en literatura la realidad, toda la realidad, incluso la del autor, porque la realidad sólo puede encontrarse en la literatura, en el nuevo espacio y el nuevo tiempo con una forma y un orden propios que crea el arte”, como apuntó Juan García Ponce en *El reino milenario* (1967), pionero en la introducción y divulgación en nuestro país de la portentosa obra del autor de *El hombre sin cualidades*. Nos hizo víctimas de la implacable e incansable inteligencia de Karl Kraus, el francotirador de los espejuelos, quien desde la atalaya privilegiada de su revista *Die Fackel* (*La Antorcha*) —que él mismo publicó intermitentemente a lo largo de 37 años (por cierto, en 2011, la editorial El Acatilado publicó una excelente selección de artículos de la revista al cuidado

de Adan Kovacsics)— se convirtió en la conciencia crítica de fines del imperio, y quien simple y sencillamente confesó: “sobre Hitler no se me ocurre nada”. Compartimos, a través de sus alcoholizadas y lúcidas crónicas y novelas, la desventura de Joseph Roth, el judío de la provincia de Galicia que murió converso al catolicismo nada más para apoyar el regreso de la monarquía en Austria y tratar de detener el inminente ascenso del nazismo. Como epílogo, nos hizo reflexionar, junto con Elias Canetti —el verdadero albacea de esa cultura y de ese mundo hasta bien entrado el siglo xx— sobre las certezas que nos heredaron todos ellos, en especial, “la de una literatura de actitudes más que de ideas, de personajes más que de conceptos de validez universal”. Para confirmar tal aseveración, Pérez Gay no resistió la tentación de poner ante la mesa de un café vienés a sus cinco escritores, en un improbable encuentro que, al verse realizado en la imaginación, ratificó su derecho a la posibilidad.

La solitaria vocación austrófila de Juan García Ponce tuvo en José María Pérez Gay un excelente continuador. *El imperio perdido* sigue siendo, aun ahora, una bocanada de aire fresco en la enclaustrada atmósfera del ensayo en las letras mexicanas, pues en nuestro país lo que debiera ser un ejercicio cotidiano es la práctica esporádica. Si a veces pasan años y décadas para que alguien se aventure a rescatar y divulgar a autores mexicanos relegados y extraordinarios (pienso, por ejemplo, en el tiempo que se tardaron en revalorar a un escritor excepcional como Francisco Tarrio), ¿qué se podía esperar que sucediera con una literatura tan aparentemente lejana en el tiempo y el espacio como la austriaca? Esta pregunta parece contener el germen de su propia contradicción: en efecto, si todavía falta mucho de lo propio por ser rescatado, ¿por qué preocuparse por algo tan alejado como la cultura vienesa de principios del siglo xx? La respuesta nos la dio Pérez Gay: porque “la literatura es la zona más acogedora de la existencia” y, provenga de donde provenga, funciona “como un antídoto contra el veneno lento de la realidad”.

Veinte años después de *El imperio perdido*, Pérez Gay publicó el que podría ser

considerado su continuación: *La profecía de la memoria. Ensayos alemanes*, donde le sigue la pista a la historia, la literatura, la filosofía y la cultura centroeuropea hasta los albores del siglo xxi, aunque sin la organicidad de su antecesor. Se trata de una colección de ensayos sobre Walter Benjamin, Heidegger, Hannah Arendt, Habermas, Sloterdijk, Sebald... El mismo año apareció una nueva edición revisada de *El imperio...*, publicada por Plaza y Valdés, donde el autor sentenció: “la historia del futuro, que ahora es nuestro presente, empezó a escribirse en esos años”, a principios del siglo xx. Pérez Gay se encargó también de hacer la crónica de ese presente, que desembocó en tragedia y barbarie: en *El príncipe y sus guerrilleros. La destrucción de Camboya* (2004) nos sumerge en la escalofriante pesadilla del Jemer Rojo de Pol Pot, “en la historia de cómo la intolerancia y el terror, la paranoia política y la búsqueda de la purificación ética y moral se convierten en una auténtica trituradora humana”, diría Woldenberg. Y en *La supremacía de los abismos* (2006), reunión de sus ensayos en *La Jornada* que da cuenta de los diversos rostros de la catástrofe y la brutalidad, desde las hecatombes nucleares de Hiroshima y Nagasaki, los infiernos de Auschwitz y Chernóbil; las masacres de Indonesia y Medio Oriente, el etnocidio en los Balcanes, y los primeros atisbos de la crisis de los migrantes en Europa.

Hace 25 años resultaba inevitable, luego de leer *El imperio perdido*, establecer comparaciones para explicar el momento por el que atravesaba Europa central —la debacle de los socialismos y el histérico resurgimiento de los nacionalismos— con las causas que motivaron la caída del imperio austro-húngaro. Hoy, como entonces, como hace más de un siglo, la principal enseñanza que nos deja su lectura (y la invitación a su relectura) es entender que resulta imposible imponer la uniformidad a toda costa a lo que por naturaleza es diverso y plural. El fracaso de las utopías uniformadoras, impositivas del pensamiento único —sea imperial, comunista o neoliberal— siempre desemboca en la barbarie del totalitarismo y la masacre multitudinaria, por comisión u omisión del cuerpo social. **U**